2857

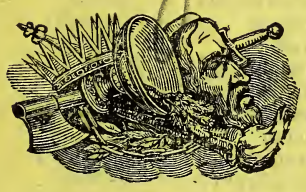
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

CULPA Y CASTIGO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.

Ortiz



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

16

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle de Carretas, n. 9.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	García Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

CULPA Y CASTIGO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Representado con extraordinario aplauso en el teatro de Novedades el dia 20 de Enero de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

La propiedad de este drama pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Á LA SEÑORA

DOÑA ELISA LARA DE ORTIZ DE PINEDO.

Mi querida Elisa: Este drama encierra siempre para tí un dulce recuerdo de la época en que ha sido escrito, y por eso te le dedica tu esposo

M. O. de Pinedo.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA	Doña Maria Rodriguez.
JUANA	Doña Vicenta Martin.
LA CONDESA	Doña Antonia Scapa.
TERESA	Doña N. Ramos.
CARMEN	Doña N. Moreno.
CLARA	Doña N. Bedia.
BLAS	D. José Calvo.
RICARDO	D. Antonino Bermonet.
ANDRES	D. Antonio Zamora.
EL CONDE	D. N. Albalat.
TOMAS	D. N. Zaragozano.
UN CRIADO.	

La accion en 185...

ACTO PRIMERO.

Habitacion pobremente amueblada: puerta á la izquierda y en el fondo: sobre una mesita de pino, hay una corona de flores secas.

ESCENA PRIMERA.

TOMAS.—JUANA, sentada junto á la mesa.

TOM. Vamos, señora Juana, no se aflija usted sin motivo. ¡Quién sabe si el chico tendrá buena suerte!

JUANA. No lo espero.

TOM. ¿Y por qué? ¿No juegan tambien para él los números altos?

JUANA. Si; pero una desgracia no viene nunca sola, y mucho temo que á las que me agobian, junte Dios esta nueva, que para mí seria la última. He sufrido ya tantos golpes, que me siento sin fuerzas.

TOM. Pues yo creo que por lo mismo que usted ha sufrido tanto, empezarán muy pronto los dias felices. El que ha pasado por tres ó cuatro desgracias seguidas, está mas cerca, á mi entender, de ser dichoso que el que ha experimentado solamente una. Señora Juana, todo tiene término en este mundo.

JUANA. Menos mis penas. El corazon de una madre no se engaña... Ya verá usted cómo sale soldado. Yo abrigo ese temor desde que era niño. ¡Le he visto crecer con tanto miedo!... ¡Cuántas veces al contemplarle dormido so-

672610

bre mis rodillas, ó al estrecharle contra mi pecho, ha turbado mi gozo de repente el pensamiento de que algun dia vendrian á arrancármele de los brazos!...

TOM. ¡Quién sabe si por ese camino hará su suerte!

JUANA. ¿Usted no ha tenido hijos, señor Tomás?

TOM. Ninguno.

JUANA. Por eso discurre usted asi. Una madre no vé en un hijo soldado mas que un hijo menos; y cuando ese es único, figúrese usted qué dolor será el suyo.

TOM. Muchos han subido de soldados á generales.

JUANA. Pero los mas han muerto de soldados. Mejor quiero yo á mi hijo á mi lado, pobre y bueno, que lejos de mí con dos charreteras. Mi hijo es mi alegria. Cuando le siento subir por esa escalera cantando, sus pasos me estremecen, y su presencia luego me llena de felicidad. ¡Haberle criado con tantos apuros, haber pasado con el mayor gusto tantas estrecheces porque él anduviera bien vestido, y perderle ahora que ayuda á su pobre padre á mantenernos, ahora que está en la flor de su mocedad y empieza á ser el báculo de mi vejez!... ¡Yo no sé qué vá á ser de mí!... ¡Ah! ¡Qué desgracia es tener un hijo solo!

TOM. (Con intencion.) Pero usted no ha tenido una hija...

JUANA. (Con sorpresa.) ¡Cómo!... ¡Qué dice usted!...

TOM. Que, á lo que yo entiendo, Andresillo tiene una hermana...

JUANA. ¿Pero usted sabe?...

TOM. Una persona que conoce á usted y á su esposo hace mucho, desde antes de mudarse ustedes á esta casa, me ha contado...

JUANA. (Con curiosidad.) ¡Le ha contado á usted! ..

TOM. La desgracia que le ha privado á usted de su hija.

JUANA. (Llorando.) ¡Ah! ¡Todo el mundo lo sabe!

TOM. Vamos, no llore usted; es preciso conformarse.

JUANA. No, señor Tomás: el que se conforma con su desgracia la olvida. Una hija que era mi gloria, una hija en quien yo tenia puestos los ojos, en quien me miraba á toda horas!... Yo no he tenido otra felicidad que ella desde que vino al mundo. ¡Cuántas veces he dado gracias á Dios por habérmela concedido. Ni una noche me he acostado sin pedir á la Vírgen que me la conservase siempre honrada! Vamos, cuando recuerdo cómo me recreaba en

su hermosura, cómo al ver que excitaba la envidia y atraia las miradas de todo el mundo... me creia mas rica que si poseyera todos los tesoros de la tierra... se me parte el corazon y... (Llorando.) No lo puedo remediar, señor Tomás; todavia la quiero, la idolatro... Si, porque aunque ella sea quien sea, es mi hija, la hija de mis entrañas...

TOM. ¿Y quién duda que ella querrá tambien á su madre?

JUANA. (Cambiando de tono.) Eso no. Una hija que quiere á su madre no hace lo que ella... no abandona la casa de sus padres... no huye dejándolos sumidos en la desesperacion... ¡Dios mio, en qué os ha ofendido esta pobre mujer para que la hayais castigado tan duramente!

TOM. Señora Juana, hay momentos de ceguedad que lloramos toda la vida. La pobre chica, enloquecida por aquel hombre...

JUANA. No trate usted de disculparla... La honra es el único patrimonio de los pobres, y ella nos la ha robado... La honra de una mujer no es suya, pertenece á toda su familia.

TOM. ¿Y no ha vuelto usted á saber de ella?...

JUANA No, señor: cuatro años hace que... y ese mismo tiempo ha pasado sin que sepa dónde se oculta. Su padre, con ese carácter tan duro que tiene, nos ha prohibido á su hermano y á mí que hablemos de ella, y... vá ya para cuatro años que no se pronuncia su nombre en esta casa, ¡en la casa de su familia!...

TOM. ¡Pobre muchacha!...

JUANA. Lloro y pido á Dios que la aparte del camino del mal, cuando nadie me vé, cuando estoy sola. No salgo á la calle, no voy á ninguna parte, por temor de que me pregunten por mi hija ¡Hoy he pasado un dia tan amargo! Señor Tomás, hoy hace seis años que recibió la primera comunion. (Enseñándole la corona) Esta es la corona de flores blancas que adornaba su cabeza. ¡Qué hermosa estaba! ¡Ah! Yo quisiera mejor que esta corona fuese una palma. Su muerte me afligiria menos que su deshonra.

TOM. Acaso ella llore tambien en este mismo instante, atormentada por el propio recuerdo. El arrepentimiento debe haber penetrado en su corazon... A saber si algun dia la verá usted entrar por esas puertas.

JUANA. ¡Dios lo quiera... pero no lo espero!

TOM. Pues yo sí. Y pienso que no ha de pasar mucho tiempo sin que eso suceda.

JUANA. (Con curiosidad.) ¡Cómo! ¿Qué motivo tiene usted para hablar asi?

TOM. Muchos y muy ciertos.

JUANA. (Con anhelo.) Señor Tomás, ¿la ha visto usted? ¿Vive todavia? ¿Dónde está? ¡Hija de mi vida!

TOM. Sosiéguese usted y la diré...

JUANA. ¿Está pobre, enferma?... ¡Yo quiero verla!...

TOM. No, señora, que está buena y rica.

JUANA. (Transicion brusca.) Entonces no me hable usted de ella...

TOM. Pues ella desea ver á usted.

JUANA. ¡Que no lo intente! Yo hubiera corrido á estrechar en mis brazos á la pobre... á la enferma... á la arrepentida; pero que no cuente conmigo la señora.

TOM. ¡Ah! Si usted la hubiera visto llorar, como yo... subir esa escalera, detenerse en el camino y caer de rodillas delante de esa puerta, sin atreverse á llamar, ¿qué hubiera usted hecho?

JUANA. Hubiese huido por no verla. Pero eso que usted cuenta ¿no es una invencion?

TOM. Es la pura verdad, señora Juana. ¡Si usted supiese cuántos ratos ha pasado oculta en mi porteria, solo por verla á usted entrar! El coche le deja siempre en la esquina de la calle. ¡Pobre señora!... Ayer me decia...

JUANA. Calle usted, que sube mi marido. Por Dios que no pronuncie usted su nombre siquiera delante de él.

ESCENA II.

DICHOS, BLAS.

BLAS. Buenos dias. (¡Hola! ¿Ya está aqui este realiston? ¡No le puedo ver!...)

JUANA. ¿Qué has sabido de mi Andrés? ¿Vienes de allí?

BLAS. De allí vengo... Ahora mismo empieza el sorteo; pero á cada nombre que leian en alta voz se me abrian las carnes y... Vamos, no he tenido valor para esperar al de mi hijo. Me siento ademas algo malo; esta maldita herida no acaba de cicatrizarse... (Al señor Tomás, en tono de disputa.) Si, señor, esta maldita herida...

TOM. Si yo no lo dudo, señor Blas.

BLAS. ¡Esta herida, ganada en el sitio mas glorioso de la guerra civil, en el sitio de Bilbao! Otros llevan su hoja de servicios en sus galones; yo la llevo eu mi pecho, escrita con mi propia sangre. ¡Qué sitio aquel!

TOM. ¡Bien se portaron los facciosos!

BLAS. ¿Cómo los facciosos?... Se atreve usted...

TOM. ¡Hombre! ¡El convento de San Agustin y el de San Mamés lo tomaron á la bayoneta!

BLAS. Por sorpresa, introduciéndose por las alcantarillas; pero bien nos lo pagaron en la barricada llamada *Tránsito á la muerte*, que defendian los nacionales.

TOM. Por eso la perdieron tan pronto.

BLAS. ¡Tan pronto! ¿Qué es lo que usted dice? Vamos, á usted le ha contado lo que pasó en el sitio algun faccioso, ¿eh?

TOM. No, señor; pero lo sé tan bien como usted.

BLAS. (Furioso.) ¿Como yo?... Si no mirara...

JUANA. Blas, por Dios, no te impacientes...

BLAS. Pero, hombre, ¿en qué bateria estuvo usted en el sitio de Bilbao? ¿En qué cargas tomó usted parte? ¿En las de los bagajes? ¿Qué hizo usted?

TOM. Yo hice...

BLAS. ¿Qué hizo usted?

TOM. Dos novenas porque triunfaran los facciosos.

BLAS. Tiene usted razon: eso es lo que han hecho muchos de los partidarios de don Cárlos para que triunfara su causa; novenas.

TOM. Como muchos liberales no desean que triunfe la suya mas que para tocar el himno de Riego.

BLAS. Pues, señor Tomás, ya que no asistió usted al sitio mas que con sus oraciones, me dan ganas de contarle algo de lo que pasó la noche del veinticuatro de diciembre.

JUANA. No cuentes ahora esas cosas; te exaltas tanto cuando las recuerdas...

BLAS. ¡Desgraciado de mí el dia en que no me exalte al contarlas, que será señal de que el amor de la patria se ha apagado en mi corazon! ¡Desdichada España el dia que los hechos de la guerra civil se oigan referir con indiferencia!

TOM. Entonces se contarán otras cosas.

BLAS. No tenga usted cuidado, que no llegarán esos tiempos.

TOM. Ya lo veremos.

BLAS. Ya lo creo que lo veremos; pero mientras el tiempo se encarga de probar cuál de los dos tiene razon, hablemos de otra cosa. ¿Qué le trae á usted por estas alturas, obligándole á abandonar su confesonario?

TOM. ¡Pues vaya un nombre que da usted á mi porteria.

BLAS. Le llamo asi, porque no hay criada de la vecindad que no se pare en él á decir los pecados ajenos.

TOM. La culpa no es mia.

BLAS. De usted que pregunta.

TOM. No, señor, de ellas que responden.

BLAS. En fin, ¿cuál es el objeto de esta visita?

TOM. Ya puede usted figurársele.

BLAS. ¿El casero, eh?

TOM. Si, señor; está ya cansado de esperar, y dice que si en todo el dia de mañana no le paga usted... que desocupe la casa.

BLAS. ¡Por mas desocupada!

JUANA. ¡Válgame la Vírgen, qué apuro!

BLAS. No te aflijas, mujer. ¿Conque eso dice el casero?

TOM. Tal y como usted lo oye.

BLAS. ¡Y ya no se acuerda, por lo visto, de cuando trabajando yo en una de sus obras me disloqué una pierna y pasé dos meses en el hospital sin merecerle una mala limosna!

TOM. No me ha hablado de eso.

BLAS. Pues bien, yo se lo recordaré; yo le diré que mientras no me pague los atrasos de mi pierna rota, no le pago los de su casa; que si él me pide la cuenta de los alquileres, yo le reclamo la de las medicinas.

TOM. Pero eso es un disparate. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

BLAS. ¿Cómo que no tiene que ver? Bien se conoce que usted tiene todo los huesos en su sitio. Diga usted, cuando le rompen un cristal de la alacena en que está usted metido, ¿qué es lo que hace?

TOM. Quien rompe paga. Obligar al que me le rompe á que lo pague en seguida.

BLAS. Pues si eso hace usted con un cristal, figúrese usted con cuánta mas razon reclamaré yo á su amo de usted que me pague la pierna que me rompió uno de sus maderos.

TOM. Si usted no cuenta con mas dinero que ese, ya puede

buscar donde mudarse.

BLAS. ¡Mudarme! En tres años de alquileres he pagado mas que lo que costó la construccion de este tabuco, y tengo derecho á que se me guarden consideraciones. Diga usted á su amo que he resuelto seguir siendo su inquilino. (Con ira.) ¿Entiende usted?

TOM Bien, no se enoje usted, señor don Blas; se lo diré hoy mismo. (A la señora Juana) Tenemos mucho que hablar; subiré en cuanto se vaya. Si usted supiera... lo que tengo que decirle... (Váse.)

ESCENA III.

DICHOS menos TOMÁS.

BLAS. (¡No puedo sufrir á este hombre! Cuando recuerdo que estaba limpiando el otro dia el uniforme que usaba el año veintiseis.)

JUANA. Pero, Blas, qué cosas tienes: le has tratado con tanta dureza...

BLAS. Con la que él se merece... ¿Qué te decia al irse?

JUANA. Nada; que él se interesará con el casero...

BLAS. Que haga lo que quiera, yo no puedo pagarle... y no sabes lo mejor, y es que que hoy se ha suspendido la obra de la casa, y nos han despedido á todos lo menos para tres semanas.

JUANA. Válganos Dios.

BLAS. No te apures, él nos abrirá camino... ¿Y tú, cómo te sientes?

JUANA. Mal, muy mal, ¡cómo quieres que esté no sabiendo cuál ha sido la suerte de mi Andrés!

BLAS. ¿Sabes quién vá á venir ahora á visitarnos?

JUANA. ¿Quién?

BLAS. ¡La señora Condesa!

JUANA. Pero hoy no le toca venir á visitar á los pobres del barrio.

BLAS. No, pero la he encontrado hace un momento, y me ha dicho que venia en seguida. Desea saber la suerte de Andrés, y apuntar nuestros nombres, no sé para qué nueva sociedad de beneficencia.

JUANA. ¡Qué señora tan buena! ¡Con qué cariño me habla siempre que me encuentra!

BLAS. Es la caridad misma. Todo el tiempo que muchas de su clase emplean en bailes y paseos, lo dedica esta á los pobres y á los enfermos.

JUANA. Siempre que le hablo de eso, me dice: «no es virtud, sino deber; los ricos estamos obligados á dar lo supérfluo á los que carecen de lo necesario.» Si no fuera por ella, cuántas veces hubiéramos tenido que pedir una limosna!

COND. (Dentro.) No me acompañe usted, sé cuál es la puerta.

BLAS. Ahí la tienes.

ESCENA IV.

DICHOS, la CONDESA.

JUANA. Cuánto siento que se haya molestado la señora en subir hasta aqui.

COND. Ya sabe usted que lo hago con mucho gusto. He venido á visitar un enfermo aqui cerca... Vamos, ¿qué número le ha tocado al chico?

JUANA. No lo sabemos todavia.

COND. ¿Cómo es eso?

BLAS. Yo no he tenido valor para presenciar el sorteo, y hasta que mi hijo no venga...

COND. Es posible que haya salido libre.

JUANA. Dios la oiga á usted.

COND. No hay que afligirse.

JUANA. ¿Cómo quiere usted que no me aflija, si es nuestros pies y nuestras manos, el sosten de esta casa, la esperanza de nuestra vejez y mi única alegria!

COND. Si sale soldado, pienso acudir á un recurso.

JUANA. ¿Cómo, señora, despues de tantos favores?...

COND. Si, pienso abrir una suscricion entre todos mis conocidos, para ver si puedo redimirle.

JUANA. (Tomándola las manos.) Es usted una santa.

BLAS. Dios bendiga á usted, señora.

COND. ¡Ah! no crean ustedes que mi deseo es tan fácil de realizar; la cantidad es muy crecida, y ademas como tardará bastante en reunirse, tendrá que vestir el uniforme por algunos meses.

BLAS. De todos modos, mientras alimentemos la esperanza de volverle á ver, su ausencia nos será mas llevadera.

JUANA. Quiera el cielo que en ese tiempo no le suceda alguna... ¡Con qué podremos pagar á usted tantos servicios!

COND. No es á mí sola á quien tendrán ustedes que agradecer este: pienso hablar de él á otra señora cuya caridad es mas ardiente que la mia, y estoy segura de que me prestará su ayuda. ¡Ah! esa si que merece cuantas alabanzas me prodigan ustedes con tanta injusticia. Los pobres y los enfermos tienen en ella una madre verdadera. Ahora, por su constancia, se está formando una sociedad particular para socorrer á los obreros de la parroquia que se inutilicen en una caida ó se encuentren sin trabajo.

BLAS. ¿A todos?

COND. Con tal que sean albañiles. Es la clase que por consejo suyo se ha elegido entre todas como la mas expuesta á mayores peligros. Ya la conocerán ustedes, es un ángel. Lo que mas sorprende á todos, es que en la flor de su juventud, porque podrá tener ahora veinte años...

JUANA. ¿Veinte años? (La edad de mi Maria.)

COND. Cuando las demas mujeres no se ocupan mas que de sus galas y de su hermosura, sea cabalmente cuando ella se encuentre tan animada de ese entusiasmo, de esa exaltacion, de ese amor por los que sufren que le obliga á pasar la mayor parte del dia á la cabecera de los enfermos.

JUANA. Que el Señor la mantenga siempre en su santa gracia.

COND. Ya vendrá conmigo un dia. Necesito entregarle los nombres y las señas de ustedes para que los tenga presentes en los primeros socorros. La sociedad la nombrará su tesorera.

BLAS. ¿Quiere usted que los escriba ahora mismo?

COND. No, es mejor que haga usted un memorial y que le lleve usted á casa; yo me encargo de dársele en propia mano y de recomendarle.

BLAS. Pues voy á ponerle en seguida. (Se aparta á un lado.)

COND. (Acercándose á Juana.) Hice las diligencias que usted me encargó, y todas han sido inútiles. Es imposible descubrir su paradero.

JUANA. Se ha descubierto ya.

COND. ¡De veras!

JUANA. Si, señora. El portero me ha dicho que ha venido varias veces á vernos y no se ha atrevido á entrar.

COND. ¿Pero ese hombre la conoce?

JUANA Ella se le ha descubierto.

COND. ¿Y no habria medio de saber dónde vive?

JUANA. (Al ver que se acerca Blas.) Señora, que no oiga nada.

BLAS. No encuentro papel; le haré luego.

COND. Bueno. Juana, es menester que vaya usted á casa en seguida á decirme el resultado del sorteo.

JUANA. Bien, señora; haré todo lo posible.

COND Y sea cual fuere el resultado, no hay que acobardarse; todo será una ausencia de unos cuantos meses.

JUANA. ¡Ojalá que no haya que acudir á usted de nuevo, nuestro único amparo, nuestro único consuelo!

BLAS. Yo bajaré con la señora para que no tropiece.

COND No, me aguarda el lacayo ahí fuera. (Váse.)

ESCENA V.

BLAS, JUANA.

BLAS. ¡Qué buena señora! ¡Ah! si todos los ricos fuesen asi...

JUANA. ¡Cuánto tarda Andrés!... ¡Tengo una impaciencia!...

BLAS. ¿Quieres que salga á buscarle?

JUANA. No, no me dejes sola. Ya no puede tardar. Espérale aqui mientras yo voy...

BLAS. ¿A qué, á rezar?

JUANA. ¿Qué quieres? Es mi único consuelo.

ESCENA VI.

BLAS, solo.

¡Pobre Juana! Cuando recuerdo... (Volviéndose del lado de la mesa y reparando en la corona.) ¡Calla! ¿Qué corona es esta? (La toma. Pausa.) ¡Ah, ya caigo!... (Con profundo dolor.) La corona que mi hija llevó puesta el dia de su primera comunion; y esta corona significaba... (Dejándola caer.) ¡Pobre criatura! Y acaso vive y acaso tal vez á estas horas... pobre. . enferma .. mendiga de puerta en puerta. (Sollozando.) ¡Hija mia! ¡Pero qué es esto?... ¿Una lágrima?... ¡Oh... que no me vea mi mujer!... (Con entereza.) Yo cumplo con mi deber considerándola como muerta y prohibiendo que su nombre se pronun-

cie en esta casa, por mas que el corazon se me parta de dolor.

ESCENA VII.

DICHO, ANDRÉS.

AND. ¡Padre!

BLAS. (Yendo hácia él.) ¡Hijo mio! ¿Qué número?...

AND. (Mirando á un lado y á otro.) ¿Estamos solos?

BLAS. (Con desesperacion.) ¿Soldado?...

AND. Si, soldado; pero podemos ocultárselo á mi madre.

BLAS. ¡Ocultárselo! ¿No lo leerá ella en mi semblante, en el tuyo? (Abrazándole.) ¡Hijo mio!

AND. No se aflija usted. ¿No lo ha sido usted tambien? ¿No habla usted de la vida de soldado con entusiasmo?

BLAS. Si, pero ya ves lo que he sacado de ella.

AND. A saber cuál será mi suerte. Al oir mi número he sentido aqui (Señalando al corazon.) un no sé qué... una agitacion que no me ha dejado entristecerme. Padre mio. yo era ayer un oficial de carpintero; hoy soy un soldado.

BLAS. ¡Un soldado! ¿Sabes tú lo que significa esta palabra?

AND. Sé que significa lo que yo mas siento en el mundo; la separacion de mi padre y de mi madre; ¡¡de mi madre!!... (Con energia.) Pero tambien significa otra cosa; yo tendré pronto al lado un sable, y entonces...

BLAS. ¿Qué quieres decir?

AND. Que yo no soy un muchacho como usted cree, y sé que hace tiempo falta en esta casa una persona...

BLAS. ¡Pero tú piensas!..

AND. Pienso que á mí es á quien toca buscarla.

BLAS. ¡A tí! ¿Y en dónde la encontrarás?

AND. Un pobre oficial de carpintero no puede penetrar en ninguna parte; pero cuando yo tenga un uniforme...

BLAS. Te sucederá lo mismo.

AND. ¿Lo mismo?

BLAS. Si. ¡El hombre que nos ha ultrajado está demasiado alto!

AND. ¡Demasiado alto! No conozco ninguno que lo esté bastante para no responder de un ultraje.

BLAS. Calla: tu madre.

ESCENA VIII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. (Corriendo hácia Andrés.) ¡Andrés, hijo mio!

AND. ¡Madre, he salido libre, libre!

JUANA. ¡Libre! (Deteniéndose y mirando á Blas.) ¡Hijo de mis entrañas, ya te he perdido para siempre! (Se deja caer llorando en una silla.)

AND. (Abrazándola.) ¡Ah! y yo queria ser soldado... yo queria abandonarla... ¡nunca... nunca!...

BLAS. (Acudiendo á ella.) Juana, sosiégate. Recuerda las palabras de la Condesa.

ESCENA IX.

DICHOS, TOMÁS, luego MARIA.

TOM. Señor Blas, aqui hay una señora... una jóven... que desea ver á usted.

BLAS. ¡Una señora!...

TOM. Si, una jóven... ¿Pero qué es eso? ¿Se ha puesto mala la señora Juana?

MAR. (Entrando precipitadamente, vestida con gran lujo.) ¡Madre mia! (Corre hácia ella.)

JUANA. (Incorporándose.) ¡Mi hija!

BLAS. (¡Ella!) (Interponiéndose.) ¡Atrás! ¡Deténgase usted, señora!

MAR. (Queda como petrificada, la vista fija en el suelo.) ¡Padre!

BLAS. ¿Qué viene usted á buscar aqui, á la casa de la humildad y de la pobreza? Responda usted.

MAR. Venia, padre mio...

BLAS. ¿Vienes á ver si tu madre ha muerto de dolor y de vergüenza? ¿Pensabas que ya no existirian tus jueces? Di.

MAR. Vengo á salvar á mis padres de la situacion en que se encuentran.

BLAS. ¡A salvarnos! ¿Qué quieres decir?

MAR. Que no puedo consentir que mi hermano sea soldado, que ustedes queden sin su único apoyo.

BLAS. ¡Cómo! ¿Quieres partir con nosotros los frutos de tu deshonra? ¡Calla, calla! Guárdate esas riquezas, que

son la acusacion contínua de tu infamia: entrégate al lujo y los placeres, mientras tu familia vive en la última miseria; habita un palacio lleno de estufas y tapices, mientras tu madre tirita de frio en una bohardilla; cubre con las joyas compradas al vicio la frente que un dia cubrió esa corona de pureza (Señalando á la corona de flores.); pero no vengas nunca á ofrecernos ese oro que nos convertiria en consentidores de tu deshonra.

MAR. ¡Madre mia! ¡Por piedad! (Dirigiéndose á ella con las manos cruzadas y actitud suplicante. Juana se cubre el rostro con las manos y calla. Maria volviéndose á Andrés en la misma actitud.) ¡Hermano mio! ¡Una palabra de compasion!... (Andrés vuelve la espalda. Maria arrodillándose delante de su padre.) ¡Padre mio! ¡Mi arrepentimiento es sincero!...

BLAS. Estas galas te desmienten. No es tu traje el de la penitencia, sino el del pecado. Nada, recorre sola ese camino donde tú sola te has lanzado; al fin de él hallarás tu castigo.

MAR. ¡Perdon, padre mio, perdon!

JUANA. Blas, es tu hija...

BLAS. No has hecho nada para alcanzarle. Pues qué, basta el dolor de un instante para redimir cuatro años de escándalo? Abandona esta casa, la casa de una familia honrada, donde tú no puedes penetrar con ese vestido de seda y blondas, cuando el de tu madre es de percal viejo y roto. Vete... (Empujándola suavemente.) Hoy comienza tu expiacion... Quiera Dios que tu corazon no esté seco para el dolor y el arrepentimiento. (Maria sale precipitadamente; y al llegar á la puerta se vuelve á mirar á su madre.)

JUANA. ¡Hija de mi vida!

AND. ¡Padre mio! Usted ha cumplido con su deber. (Con energia.) Ahora me toca á mí cumplir con el mio. (Sale detrás.)

BLAS. (Cogiendo á Juana en sus brazos.) Yo tambien estoy llorando.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con gran lujo.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, vestida de baile; CLARA, arreglándose los pliegues del vestido.

CLARA. ¡Qué bien le sienta este traje á la señora! ¡Caramba! que está usted hermosa de veras. ¡Con qué envidia la van á mirar á usted muchas! Una es mujer y siente ganas de enamorarse.

MAR. Déjame: no me arregles mas. Estoy bien.

CLARA. Siempre la misma palabra. Ya lo creo que está usted bien con cualquiera cosa; pero es menester que esté usted mejor. De las señoras á quienes he servido, es usted la única que no gusta de acicalarse. Es verdad que todas han sido muy feas. Siempre me acordaré de las diez y seis almohadillas de la escurrida de doña Eustaquia, y del gorro de hojas de acelga con que dormia la Condesa.

MAR. No hables mas. Vete. Quiero estar sola.

CLARA. Eso es; para entregarse mejor á la tristeza que á todas horas la consume. Esta noche sí que se vá usted á divertir. Si yo me atreviera, la pediria un favor á la señora...

MAR. ¿Cuál?

CLARA. Que me permita usted ir á las fiestas de mi pueblo, que son el domingo... Hace ya tanto tiempo que no veo á

mis padres...

MAR. ¡A tus padres!

CLARA. Si. Ardo en deseos de darles un abrazo muy apretado.

MAR. (Con tristeza.) ¿Los quieres mucho?

CLARA. Con el alma y la vida. Nunca tengo mayor gozo que cuando puedo mandarles mi salario todo entero. ¡Viejecitos mios! Estarán ahora arrimados al fuego en aquella casa tan pobre, pero que yo no cambiaria por un palacio, rezando por su hija. ¿Quién habrá que no quiera á sus padres?

MAR. (Reprimiendo las lágrimas.) Vete...

CLARA. Pero me concede permiso la señora...

MAR. Si, te le concedo.

CLARA. (Es un ángel: al momento se enternece.) Muchas gracias en nombre de mi madre.

ESCENA II.

MARIA, dejándose caer en un sofá.

¡Dios mio! esta situacion es insoportable. Ni ruegos ni lágrimas han servido para convencerle. Me ha obligado á la fuerza á vestirme con este traje, á disponerme para un baile!... ¡Y entre tanto mi familia, mi madre en una bohardilla!... Un mes ha pasado desde aquel dia, y sin embargo las palabras de mi padre resuenan continuamente en mis oidos: las tengo clavadas aqui... (Señalando al corazon.) ¡aqui! como víboras que me despedazan: la mirada de mi madre me persigue por todas partes... ¿Cuándo vendrá el portero?... Hoy no he sabido de ella todavia... ¡Habrá caido enferma y no se atreverá á decírmelo!... (Con expresion y levantándose.) ¡Madre mia! yo arrojaré estos diamantes, estas telas, cuyo contacto me abrasa, y volaré á tu lado y lloraré noche y dia hasta conseguir tu perdon. Voy á llamarle y á decirle que todo ha concluido entre nosotros. (Llama.) Este lujo, estos muebles, estas alfombras me horrorizan, me acusan y me hablan de la pobreza de mi familia. (A Clara, que entra.) Al señorito que venga en seguida.

CLARA. ¿Le ocurre algo á la señora?

MAR. Nada. (Váse Clara.) ¡Ah! ¿me sentiré esta vez tan débil como otras? ¿Qué influjo, qué fascinacion ejerce sobre

mí, que cuantos proyectos formo en secreto para separarme de él desaparecen apenas le veo? ¿Por qué me hallo sin fuerzas para huir de un hombre á quien debiera despreciar? ¿Qué me retiene á su lado? ¡Ah! es que le amo... No, no: ha llegado el momento de romper para siempre. No haré caso ni de sus juramentos ni de sus promesas. Si he tenido valor para las faltas, ¿por qué no le he de tener para el arrepentimiento? Ya llega: valor.

ESCENA III.

MARIA, RICARDO.

RIC. ¿Qué ocurre? ¿Qué tienes que decirme?

MAR. Que me es imposible acompañarte al baile.

RIC. ¡Imposible! ¿No te he dicho que lo necesito, que lo exijo?

MAR. Ricardo, ya sabes lo que pasó hace un mes en casa de mis padres. Desde aquel dia el dolor y el remordimiento me consumen; en todo cuanto me rodea veo mi acusacion continua.

RIC. ¡Bah, bah! Otra vez vuelves á tu tema. Maria, te repito que no puedo perder el tiempo en oirte.

MAR. Pues es menester que me oigas. Es acaso la última vez...

RIC. ¡La última!...

MAR. Si. He resuelto abandonar esta casa, donde todo me habla de mi deshonra.

RIC. ¿De tu deshonra? Maria, no seas niña. Ante el mundo ¿no pasas por mi esposa? ¿No te he presentado como tal en las casas mas principales? ¿No has conseguido por medio de nuestros viajes y de tu aficion á la lectura, adquirir las maneras y la educacion de una señora principal? ¿No envidian tu reputacion de virtud cuantas mujeres te conocen? ¿Qué te hace falta en medio de las apariencias que hasta ahora te han rodeado?

MAR. La paz de la conciencia. Bastan las apariencias de la honradez cuando se lleva la infamia en el alma? ¿A qué me has hecho consentir en una mentira, si no estabas dispuesto á convertirla en verdad? ¿No hubiera sido menos cruel haberme abandonado?

RIC. No encontré otro medio para retenerte á mi lado, para

calmar la desesperacion que se apoderó de tí apenas te encontraste fuera de tu casa. Ademas, yo necesitaba pasar por hombre grave á los ojos de los banqueros que me visitaban y me confiaban sus negocios...

MAR. ¡Siempre el cálculo!

RIC. No; siempre las apariencias. Pero ¿por qué no te satisfacen? ¿Hay alguien que sepa?...

MAR. Mi familia... mi padre... mi madre...

RIC. Cuando te presentas en el mundo como mi esposa, ni tu padre ni tu madre estan allí para desmentirte.

MAR. ¿Y será menor mi falta porque yo engañe al mundo?

RIC. ¡Tu falta! El amor te absuelve. Maria, no comprendo esa intranquilidad, esos escrúpulos.

MAR. Respétalos á lo menos. Ricardo, yo no me quejo de tu conducta para conmigo: reconozco en ella la mano de Dios, que me hiere, y humillo mi frente; pero si hace un instante he cedido á tus ruegos, ahora te digo que es imposible que asista á ese baile, ni que permanezca un instante mas en tu compañia.

RIC. (Con tono sarcástico.) ¿Qué es eso? ¿Has adivinado el secreto que yo no te queria revelar por temor de afligirte?

MAR. ¿Qué secreto?

RIC. ¿Sabes ya la situacion en que me encuentro y por eso quieres abandonar esta casa, antes que la justicia se apodere de cuanto nos rodea?

MAR. (Con terror.) ¡Calla, calla por Dios! ¿Qué dices?... ¿Qué significan tus palabras?

RIC. (Dudando.) Pues qué, ¿no sabes?...

MAR. (Con profundo dolor.) No. ¡Yo te lo juro!

RIC. Estoy arruinado.

MAR. ¡Arruinado!

RIC. He comprometido el doble de mi fortuna en una jugada á plazo y he perdido.

MAR. ¿Y no tienes con qué pagar?

RIC. No. Ahora puedes abandonarme, huir de un hombre que no tiene que ofrecerte sino su amor, mezclado con los sinsabores de la pobreza. (Con sarcasmo.) Yo mismo te lo aconsejo, te lo suplico...

MAR. ¡Ah, eso es horrible! No añadas el insulto á la injusticia con que me juzgas. Yo no podia permanecer ni un solo instante al lado del rico; pero si es preciso partiré con el pobre sus privaciones. Pero si eso es cierto, ¿qué sig-

nifica tu empeño de que asista á ese baile? ¿Cómo quieres que yo conserve estos diamantes cuando tú estás arruinado? Mira, Ricardo, lo primero es pagar. Toma todas mis joyas, mis galas y véndelas No te apures; dispon de estos muebles: salgamos de esta casa, dejemos este lujo afrentoso.

RIC. ¡Qué inocente eres, Maria! Cabalmente porque estoy arruinado necesito que esta noche te vistas con mayor lujo que nunca, y cubierta de diamantes me acompañes al baile de la marquesa.

MAR. No comprendo... ¿Eso puede remediar tu situacion?

RIC. Es mi único recurso.

MAR. ¡Tu único recurso!

RIC. Ya te he dicho que en el mundo todo es cuestion de apariencias. Si los que saben que he perdido me vieran faltar esta noche al baile, sospecharian que no tengo con qué pagar, y es posible que mañana ni me saludaran siquiera: por el contrario, cuando me vean contigo mas resplandeciente de lujo que nunca, ellos mismos se apresurarán á facilitarme la enorme cantidad que necesito. Una jugada de bolsa me ha arruinado; otra jugada de sociedad es menester que me levante. (Con acento glacial.) Yo siempre estoy jugando.

MAR. ¡Qué horror! ¡Engaño sobre engaño!

RIC. ¿Qué quieres? esa es la vida. ¿Dudarás ahora en prestarme un apoyo que es mi única esperanza?

MAR. ¡Imposible! No puedo vencer la repugnancia que me cuestan esos medios.

RIC. ¿Prefieres que mi ruina se consume?

MAR. Si, lo deseo. ¡Ah! ¡Esta vida de disipacion es la que te impide cumplir tus juramentos, la que te impide legitimar mi amor con el título de esposa!

RIC. Maria, yo no puedo ser ya mas que rico á toda costa. Mi existencia se ha deslizado hasta aqui entre el lujo y los placeres. No comprendo la vida, no quiero vivir sino asi, con todos estos atractivos, con estos tormentos secretos y estas brillantes apariencias.

MAR. ¡Ah! ¡desgraciado! ¿Y tu conciencia?

RIC. Mi conciencia se adormece y calla bajo el influjo de esta atmósfera embriagadora de carruajes y banquetes, de lacayos y muebles suntuosos, de intrigas y de juego, y si mi corazon se agita alguna vez violentamente,

atormentado por siniestros temores, sus latidos no se oyen entre el estruendo de la orgia.

MAR ¡Tus palabras me horrarizan! Nunca te has presentado á mis ojos bajo esa forma.

RIC Pues siempre he sido el mismo; ni he cambiado, ni espero cambiar en adelante. Tú eres quien desde hace un mes lo ves todo negro. En fin, si no salgo como yo deseo de esta situacion, ¿sabes lo que prefiero á la pobreza? Di.

MAR. ¿Qué? Pero no. ¡Calla, insensato!

RIC. ¡Já, já!

MAR. ¡Oh! ¡Dios mio! ¿Ya ha empezado mi castigo?

RIC. ¿Conque insistes en abandonar esta casa?

MAR. ¡Pero mi presencia en ese baile es una infamia!

RIC. Es mi salvacion.

ESCENA IV.

DICHOS, un CRIADO.

CRIADO. Señorito, esta carta.

RIC. (Tomándola.) Bien, vete. (Leyendo para sí.) ¡Qué miro! Julia en Madrid... este nuevo contratiempo... ¡El infierno se abre bajo mis pies!

MAR. (Con inquietud.) ¿Qué es eso? ¿Qué te dicen en esa carta? Te has inmutado... ¿alguna nueva desgracia?...

RIC. No: no es nada.

MAR. Yo quiero, yo necesito saberla.

RIC. Es una carta de un amigo á quien tengo que ver ahora mismo.

MAR. No: tú me engañas. Yo no deseo participar de tu felicidad, pero quiero compartir contigo todas tus desdichas. ¡Dímelo por Dios!

MIC. Es un asunto reservado... Vamos, déjame.

MAR. ¿Corres algun peligro?

RIC. Ninguno; dentro de media hora vuelvo á tu lado. (Con el sombrero en la mano.) Que no te quites un solo adorno

MAR. (Dándole la mano.) Adios, Ricardo... si tú adivinaras los presentimientos...

RIC. Adios, no puedo detenerme.

ESCENA V.

MARIA sola, profundamente alarmada.

¡Ah! Esa carta encierra una nueva desgracia. ¡Madre mia! si yo hubiese seguido tus consejos y tu ejemplo... ¡cómo pesan y sofocan estas galas!... cuando se compran á costa de la paz de la conciencia... ¡Ah! Si los pobres supieran que estos diamantes, estás telas tan ricas, encubren muchas veces un corazon devorado por el remordimiento... Esa misma reputacion de virtud que yo tengo entre algunas gentes, es mi mayor tormento... esos elogios que me tributan á cada paso resuenan en mis oidos como el mas horrible de los sarcasmos. ¡Oh! yo no puedo vivir asi... no puedo.

ESCENA VI.

MARIA, CLARA con una tarjeta.

MAR. (Leyéndola.) Que no puedo recibirle.

CLARA. Válgame el cielo; pues el señor Conde dice que necesita ver á la señora para un asunto muy urgente.

MAR. ¡Muy urgente!

CLARA. Esa ha sido su palabra. Será algun recado de la señora Condesa.

MAR. ¡Qué podrá ser!

CLARA. No puede figurarse la señora qué empeño ha formado en que pasase la tarjeta. ¿Qué le digo?

MAR. Que entre. ¿Qué tendrá que decirme este importuno? Alguna mala nueva!

ESCENA VII.

DICHA, el CONDE.

CONDE. Hermosa Maria, la facilidad con que usted me ha recibido, me prueba que por primera vez en mi vida, llego en una ocasion oportuna. ¿No es verdad?

MAR. Si, muy oportuna. (Con ironia.)

CONDE. ¿Pero qué es eso? ¿Qué significa este traje? ¿Asiste us-

ted esta noche al baile de la marquesa?

MAR. ¡Es posible!

CONDE. ¿Nada mas que posible?

MAR. Segun me ha dicho la doncella, necesitaba usted hablarme de un asunto muy urgente.

CONDE. Y está usted impaciente por saber...

MAR. Ya ve usted, es natural...

CONDE. Pues no quiero hablar de él, hasta no saber positivamente si asiste usted al baile.

MAR. Despues de vestirme me he sentido algo indispuesta...

CONDE. Los nervios, ¿eh?

MAR. Si... los nervios.

CONDE. Como lo he adivinado; los nervios son la enfermedad de la época. Este siglo es principalmente nervioso; pero ese es un ligero inconveniente, que no me privará de volverla á ver esta noche... ¡Qué feliz es usted, Maria! ¡Cómo latiria su corazon de orgullo, si usted pudiese oir los rumores que por todas partes levantan el entusiasmo de su hermosura, y la veneracion á sus virtudes! Con otras mujeres hermosas acontece, que cuanto mas se celebra su belleza en un corro, la envidia asoma su cabecita de serpiente y dice: «Que lástima que esté separada de su marido, que sea tan mala madre;» ¿pero de usted, quién se atreverá á murmurar?

MAR. (Con disgusto.) Por Dios, no me hable usted de eso...

CONDE. Esa modestia es la que mas realza sus perfecciones. La sociedad es siempre justa con quien merece su admiracion.

MAR. ¡Calle usted, calle usted! Conde... sus palabras me avergüenzan.

CONDE. ¿Y por qué? ¿Tengo yo la culpa de que sean el eco de la opinion pública? Su rubor de usted es tan injusto, como la tristeza que continuamente la domina. ¿Por qué no ha de reflejarse en su rostro de ángel la paz de la conciencia, la felicidad que innunda su alma?

MAR. Respete usted, Conde, mi tristeza...

CONDE. Si no puedo puedo respetarla. ¿Cómo no ha de ser feliz, una mujer querida de su esposo, envidiada de las demas mujeres y respetada de todo el mundo?

MAR. (Confusa.) Pero esa es la opinion de usted.

CONDE. No, la de todos. Yo no oigo mas que elogios de usted en los salones, en el Teatro Real, en el café Suizo, en

todos esos sitios donde paso mi vida. Y cuidado, que en algunos de estos sitios, se habla bien de pocas mujeres.

MAR. (Con sarcasmo) ¿Usted concurre mucho á ellos?

CONDE. No los abandono ni un instante.

MAR. Entonces, los elogios de que usted me habla son una contradiccion...

CONDE. Contradiccion en que su intachable conducta de usted hace incurrir á todos mis amigos. Si: yo soy el mas murmurador de todos. ¡Como que no me ocupo mas que en eso!

MAR. ¡Qué bella ocupacion!

CONDE. Muy divertida; no tengo otra. Como he nacido noble y con bienes de fortuna, me dedico con alma y vida á la ocupacion mas grata á los españoles, á matar el tiempo murmurando de todo.

MAR. ¿Hasta de sus amigos mas íntimos?

CONDE. Pues eso es lo mas sabroso, murmurar de los amigos. La otra noche hicimos una apuesta á quien hablaba peor de sus parientes.

MAR. ¡Qué noble apuesta! ¿Y la ganó usted?

CONDE. Yo: una tia á quien he consumido parte de su caudal, pagó el pato. ¡Qué feliz estuve, y que cosas conté de la buena señora!

MAR. Y si alguno no contento con la murmuracion, se atreve á la calumnia, y entrega á la risa y la algazara el nombre de una mujer á quien apenas conoce, entonces usted en vez de desmentirle como los antiguos caballeros, autoriza con su silencio la importura, no es verdad?

CONDE. Algunas veces hago mas todavia.

MAR. ¡Mas todavia!

CONDE. Si, cuando no tengo escándalos que referir, los invento.

MAR. ¿Y todo eso lo hace usted por... entretenerse?

CONDE. Nada mas que por matar el tiempo. Pues sin embargo, yo que hablo mal de todo el mundo, no tengo para usted mas que elogios.

MAR. ¡Ah! Conde, cambiemos de conversacion. ¿Cuál es el objeto de tu visita?

CONDE. Una buena noticia.

MAR. ¡Una buena noticia!

CONDE. Ya recordará usted que noches pasadas, cuando se refirió en casa de la marquesa la desgracia del albañil que trabajaba en la obra de enfrente, se levantó usted, y con las lágrimas en los ojos nos obligó á todos á contribuir al socorro del pobre herido. Pues bien, aquel rasgo sublime ha dado sus frutos. Mi mamá, siguiendo, segun parece, los consejos de usted, ha reunido á varios amigos suyos, y ha formado una sociedad particular para...

MAR. ¿Para socorrer á todos los albañiles de la parroquia?

CONDE Eso es, que se inutilicen ó esten sin trabajo.

MAR. ¡Qué noble pensamiento!

CONDE. Mamá ha elegido esa clase, porque es la que mas sufre y la que trabaja expuesta á mayores peligros.

MAR. Es verdad. ¿Y estan muy adelantados los trabajos de la sociedad?

CONDE. Mucho; el pensamiento ha sido acogido con entusiasmo; hay ya gran número de suscritores, y se han recaudado bastantes fondos. ¿Á quién dirá usted que la sociedad ha elegido su tesorera?

MAR. ¿A quién?

CONDE. A usted. A la autora del pensamiento.

MAR. ¡A mí!

CONDE. A usted. A la hermosa Maria, á la madre de los pobres.

MAR. ¿Pero qué he hecho yo para merecer esa distincion? yo no puedo admitir de ningun modo... voy á renunciar.

CONDE. ¿Qué dice usted? No la admitirán la renuncia. Semejante resolucion me sorprende.

MAR. Imposible, Conde, yo me juzgo sin las circunstancias indispensables para desempeñar un cargo tan importante.

CONDE. Pues dentro de breves instantes tendrá usted aqui á mi mamá á participarla el nombramiento, y á hacerla entrega de los fondos.

MAR. Me resistiré á recibirlos.

CONDE. ¿Pero en qué se funda esa obstinacion? ¿Qué motivos, qué causas secretas le obligan á usted á proceder...

MAR. (Ligeramente turbada) ¡Secretas! Ninguna.

CONDE. Entonces no comprendo...

MAR. Yo estoy segura de que habrá otras mas dignas...

CONDE. ¿Y esa es la única razon?

MAR. La única.

CONDE. ¡Bah! Siempre la modestia. Lo he observado muchas

veces. El sentimiento oculto que hay siempre en el fondo de sus excusas es la modestia, la humildad...

ESCENA VII.

DICHOS, CLARA.

CLARA. Las señoras de Perez.
MAR. Que pasen.
CONDE. Si yo pudiera decir todo lo que sé de estas señoras.

ESCENA VIII.

DICHOS, CÁRMEN, TERESA.

MAR. (Saliendo á recibirlas.) ¡Cármen! ¡Teresa! Mis buenas amigas.
CARM. ¡Hola! ¡hola! de concierto... Ya lo sabiamos, y por eso venimos á recoger á usted.
CONDE. ¿Ustedes tambien asisten?
CARM. ¡Ah! Conde, no habia reparado en usted.
CONDE. (Primera mentira, es la mujer mas reparona que existe.)
TER. ¿Pero qué novedad es esta en usted, que no va á ninguna parte?
MAR. No sé todavia si podré asistir, y lo que siento en el alma es que ustedes se hayan molestado.
TER. ¿Pues cómo?...
CONDE. Se siente algo indispuesta.
CARM. ¿De veras? ¿Es cosa grave?
MAR. No, y sin embargo, es posible que no me permita salir de casa esta noche.
TER. Despues de vestida. ¡Qué desgracia!
CONDE. (Siempre lo mismo. No pronuncia la palabra desgracia mas que cuando se trata de un vestido.)
CARM. Es menester hacer un esfuerzo, porque el baile promete ser muy brillante.
TER. Tambien venimos á convidar á usted. Mañana es nuestra primera recepcion y daremos un té de confianza.
CONDE. Como aumentan las clases de tés: ya los hay literarios, políticos, *danzantes*, de cumplimiento y de confianza. Yo entre todos, estoy por el té caliente.

CARM. ¡Qué burlon!

MAR. ¡Pero qué incomodidad se han tomado ustedes!...

TER. No, ya ve usted que nuestra visita no tenia solamente por objeto acompañarla.

CONDE. (Ya lo creo. El verdadero objeto no ha aparecido todavia.)

CARM. Se me figura que aun hemos de pasar la noche juntas.

TER. Si, Maria, es preciso. No sabe usted cuanto nos vamos á divertir. ¿A que no acierta usted á quién va á echar todo el mundo de menos en los salones de la marquesa?

MAR. ¿A quién?

TER. Es una persona muy conocida.

MAR. No caigo.

TER. A la encantadora Luisa, como la llamaban el Conde y sus amigos.

CONDE. Y como la seguimos llamando todavia.

TER. (A Cármen.) Vamos, sin duda ignora...

MAR. ¿Ha salido fuera de Madrid?

CAR. Qué, ¿no sabe usted lo que se cuenta?

MAR. (Con timidez.) No.

CONDE. (Ya pareció aquello. Cuento tenemos.)

TER. ¿Ni usted tampoco, Conde?

CONDE. Tampoco.

TER. ¿Y es usted el que presume de enterado en todo lo que se murmura?

CONDE. ¡Como falto algunas noches á la tertulia de usted!... Pero ¿qué es ello? Yo respondo de creerlo y de contarlo.

MAR. (¡Qué miedo me inspiran!)

TER. Es una ocurrencia deliciosa. Vamos, ¿quién lo habia de decir? A no haberlo contado la marquesa no lo hubiese creido. Figúrese usted (A Maria.) que se ha descubierto... ¿qué dirá usted?... ¡Cómo se vá usted á reir... es una cosa estupenda!

MAR. No lo adivino.

TER. Que no está casada con el que pasa por su marido.

MAR. (¡Oh!)

CONDE. Lo creo... es verdad... no podia ser otra cosa... ya lo sabia yo... me consta de una manera evidente.

TER. ¿No les parece á ustedes que es una infamia haber estado pasando por una persona decente en medio de las que lo somos?

CONDE. (¡Quién dirá que hace diez años está separada de su ma-

rido!)

CARM. ¡Ah, es un escándalo increible!

CONDE. (¡Si hablara yo de cierto capitan de coraceros!...)

TER. ¿Pero no se indigna usted, Maria? ¿No comprende usted todo lo afrentoso de usurpar el título de esposa quien solo puede llevar el de...

MAR. (Angustiada.) Si... si... ¡pobre mujer!

TER. Es verdad: ¡cómo debe estar sufriendo en estos momentos todas las amarguras de la humillacion y del escándalo! ¡Haber descendido desde la cumbre de la adulacion hasta el abismo del desprecio!

CARM. ¡Ah! Yo no vuelvo á recibirla en mi casa.

CONDE. (Traslado al capitan.)

TER. Ni en ninguna parte volverán á darle entrada. (A Maria.) ¿No es cierto que es un castigo merecido?

MAR. Sin embargo... (¡Ah, yo me ahogo!)

TER. Nunca me he divertido tanto como cuando me lo contaron.

ESCENA IX.

DICHOS, la CONDESA, un CRIADO.

CRIADO. La señora Condesa.

MAR. (Saliendo á recibirla.) ¡Mi querida amiga!

COND. Adios, Maria. (A Cármen y Teresa.) ¡Señoras!... (Estas contestan al saludo. Á Maria.) ¿Ya sabrá usted cuál es el objeto de mi visita?

MAR. Si, ya me le ha dicho el Conde; pero, señora, yo no puedo admitir una honra tan inmerecida.

COND. ¡Cómo! Es necesario... Yo soy quien no puedo admitir las excusas de usted. Esa modestia es un título mas á los muchos que usted reune.

MAR. (Con desasosiego.) No es modestia, Condesa; es que yo comprendo... que habrá otras mucho mas dignas, mas acreedoras...

COND. ¿Mas dignas que usted, que es la autora del pensamiento?

CONDE. Yo apelo al juicio de estas señoras.

TER. Yo no conozco persona mas digna de ese cargo.

CARM. Ni yo tampoco. Su buen corazon de usted, su filantropia son la admiracion de todo el mundo. El rasgo del al-

bañil se cuenta por todas partes.

MAR. Yo no sabria distribuir los fondos con prudencia.

COND. Si usted no tiene que intervenir en eso. La sociedad acuerda la cantidad con que se ha de socorrer á cada desgraciado, y usted es quien se la entrega. Cabalmente traigo aqui algunos memoriales decretados al márgen, con los que podrá usted empezar á desempeñar su cargo.

MAR. ¡No puedo... me es absolutamente imposible!...

COND. ¡Imposible!... Si usted tiene alguna razon...

CONDE. Ninguna. Su modestia, y nada mas que su modestia.

TER. Si, es verdad.

COND. Maria, yo sentiria mucho que usted insistiese en su resolucion: he comprometido con la sociedad mi palabra de que usted aceptaria...

CARM. Lo tomarán por un desaire.

COND. Usted, que no piensa mas que en enjugar las lágrimas de los que sufren, ¿cómo puede negarse á una obra de caridad?

MAR. ¡Ah! señora Condesa...

COND. ¡Qué! ¿hija mia?

MAR. Nada... nada... conteste usted á la sociedad, que acepto.

CONDE. ¡Bravo! ¡bravo!...

COND. (Abrazándola.) ¡Es usted un ángel!

TER. Que sea enhorabuena, señora tesorera.

COND. (Saca una cartera.) Aqui tiene usted los fondos recaudados hasta el dia. Treinta mil reales; diez en oro, y los otros veinte, en billetes de banco. Entréguese usted de ellos. (Dándola unos papeles.) Estos son los memoriales: ya estan decretados; usted no tiene que hacer sino entregar la cantidad designada á los agraciados cuando se presenten.

CONDE. Vengan acá; quiero hacer de secretario y conocer á los primeros que van á tener la dicha de ser socorridos por la madre de los pobres.

COND. Déjate tú de eso. Maria los examinará luego.

CARM. No, no, que los lea ahora.

TER. Si, que los lea.

CONDE (Leyendo.) Pedro Sanchez, de edad de... sesenta años...

COND. Ese es un honrado peon que despues de haber trabajado cincuenta años en su oficio ha tenido que dejarle de puro viejo, y hoy pide limosna.

CARM. ¡Pobre hombre!

COND. Cien reales tiene usted que entregarle.

CONDE. Agueda Ramirez.

COND. Una viuda con cuatro hijos pequeños. Su marido cayó de un tejado hace dos meses, y murió en el acto. Seis duros se le conceden ahora.

CARM. ¡Qué triste situacion!

CONDE. Juana Perez...

MAR. (Horrorizada.) (¡Mi madre!)

COND. ¡Ah! se me olvidaba: esa es una protegida mia. ¡Qué mujer tan santa y tan desgracia, Maria! Casada con un inválido de la guerra civil que lleva dos semanas sin trabajo, ahora ha sufrido una nueva desgracia. ¡Su hijo ha caido soldado!

MAR. (¡Oh! ¡yo me muero!)

COND. Agoviada por los sufrimientos, ha caido enferma...

MAR. (Fuera de sí.) ¡Enferma!

COND. Si, y quién sabe si mañana será conducida al hospital.

MAR. (Consternada.) ¡Al hos...pi...tal!...

CONDE. No se afecte usted tanto, Maria.

COND. Pues todos sus trabajos los lleva la pobre con paciencia, menos uno. ¡Madre infeliz! Maria, usted que es un alma sensible, comprenderá todo el dolor de esa madre, á quien ha abandonado una hija que era su única alegria, su único consuelo!

MAR. (Reclinándose en un sillon, y con voz muy apagada.) ¡Piedad! ¡Dios mio!

CONDE. Mamá, ¿no ve usted que la está usted afligiendo?...

COND. (Con exaltacion.) Sosiéguese usted. Yo tambien sin tener su gran corazon, me aflijo y me indigno: si, Maria; esa hija que ha abandonado á su madre, vive acaso en medio del lujo y los placeres, y tal vez cubierta de pedreria, pasará en la mullida carretela rozándose con la camilla en que, yerta de frio y acabada por el dolor, conducen á su madre al hospital.

MAR. (Cayendo desvanecida.) ¡Aire!... ¡Yo me ahogo!...

CONDE. (Acudiendo á sostenerla.) ¡Maria!... ¡Maria!... ¿qué es eso?

COND (Acudiendo tambien.) ¡Válgame Dios, cuanto lo siento... un vaso de agua!...

CARM. ¡Qué corazon! Se ha afectado como si se tratara de ella misma.

MAR. (Volviendo en sí.) No es nada... nada, un bahido...

CONDE. ¿De veras? ¿Se siente usted mejor?

COND. ¡Perdóneme usted, Maria, ha sido una imprudencia!
CONDE. ¡Malditos nervios!

ESCENA X.

DICHOS, RICARDO.

CONDE. ¡Hola! Ya está aqui Ricardo.
RIC. Adios, señoras. (Reparando en Maria.) ¿Qué es eso? ¿Se ha puesto mala? Maria...
CARM. No hay que asustarse... no es nada, una ligera indisposicion.
RIC. ¿Pero cómo te encuentras?
MAR. Bien...
CONDE. Al baile, al baile.
CARM. Si, al baile.
CONDE. Allí en medio de las luces, de la música, de la alegria, se le pasará á usted al momento...
MAR. (Con voz congojosa.) No!.. no puedo.
RIC. ¡Mi muerte si no asistes!... (Bajo á Maria.)
COND. Pero si no se siente usted mejor...
MAR. (Apoyándose en el brazo de Ricardo.) Vamos.
CONDE ¡Bravo! Mas que nunca se va usted á divertir esta nonoche. La emplazo á usted para la primera polka. (Esta noche me declaro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, RICARDO.

RIC. (Entrando.) ¿Cómo te encuentras?

MAR. (Con voz desfallecida.) Mal, muy mal; me siento morir.

RIC. Si te abandonas al dolor...

MAR. No te cuides de mí. Y tus negocios ¿en qué estado se hallan?

RIC. Mal. Esta noche han circulado ciertos rumores...

MAR. ¡Rumores!...

RIC. Si; pero solamente sobre si cuento ó no cuento con fondos para hacer frente á mis compromisos.

MAR. Ricardo, cuán sembrado de inquietudes y temores está el camino de las riquezas. ¿Por qué no renuncias á este lujo, que tan caro te cuesta?

RIC. ¡Imposible!

MAR. Mira, en una vida modesta, en el trabajo, encontrarias la tranquilidad que ahora te falta.

RIC. He adelantado ya demasiado en mi camino para que pueda retroceder. En los primeros pasos es fácil la enmienda, pero ya es tarde.

MAR. Nunca lo es para el arrepentimiento. ¿Qué lazos te unen con esta vida de boato y de escándalo? La debilidad, la

costumbre.

RIC. Déjate de consejos inútiles. Yo no puedo vivir mas que cómo he vivido hasta el presente.

MAR. No es mi propio interés el que me mueve á dártelos; mi resolucion de separarme de tí es irrevocable. No temas que vuelva á importunarte sobre esas causas que te impiden darme el título de esposa. He renunciado ya á la dicha para siempre; pero ya que no puedo ser feliz, deseo que tú lo seas.

RIC. Maria, la situacion en que nos encontramos no es para reconvenciones; he acudido á varios amigos y me han cerrado su caja; mi jugada de sociedad me ha salido tan mal como mi jugada de bolsa. Dentro de algunas horas, de algunos momentos vendrán á reclamarme una enorme cantidad que he perdido, y necesito dinero, dinero á toda costa...

MAR. ¡A toda costa!

RIC. A toda costa. Los medios importan poco cuando se consigue el fin. Toda mi vida está reasumida en esa máxima. Ahora mismo salgo á tentar un último recurso: si no consigo nada es posible que tenga que ausentarme por algunos dias.

MAR. (Sobresaltada.) ¡Ausentarte!

RIC. Te lo prevengo cabalmente para que no te asustes.

MAR. ¿Pero qué significa ese viaje? ¡Piensas huir, dejarme sola, abandanada!... ¡Ah, Ricardo!...

RIC. Todo lo miras bajo el prisma de tu exaltada fantasia. ¿Qué hay de alarmante en una separacion de pocos dias, acaso de pocas horas?

MAR. Es verdad, nada. Tienes razon: huye de aqui, donde te esperan la deshonra y la infamia; yo me quedaré y procuraré salvar tu nombre. Yo les diré que mi lujo ha consumido tu caudal, que yo sola soy la causa de tu ruina.

RIC. Serás capaz...

MAR. ¡Qué importa una nueva afrenta!... á quien está condenada á apurar el cáliz hasta las heces.

RIC. (Conmovido.) ¡Maria! ¡alma sublime! ¡Por qué te has atravesado en mi camino!... Yo he nacido para agostar y cubrir de cieno cuanto toquen mis manos; pero jamás consentiré que te sacrifiques de ese modo

MAR. ¡Sacrificio! ¡Llámale por su nombre; di castigo!

RIC. Yo solo soy el culpable; yo derramé en tu alma inocente el veneno de la ambicion; te hice cobrar odio á la pobreza que te rodeaba, y te arranqué del lado de tu familia alucinándote con promesas y juramentos: te engañé despues dándote el nombre de esposa, y te obligué á representar delante de la sociedad una farsa que solo sirve para aumentar tus remordimientos.

MAR. ¡Calla!... ¡calla!... ¡Vete!... ¿Volverás á despedirte de mí, Ricardo?

RIC. (Tomándole una mano.) Maria, ¿no te inspiro desprecio?

MAR. (Volviendo la cabeza y sollozando.) ¡Adios!

RIC. (Fijando una mirada en el dinero que hay sobre la mesa.) (Ese es el dinero que la Condesa... ¡Dinero!... (Dando un paso hácia él, y deteniéndose) ¡Soy un miserable!) (Váse.)

ESCENA II.

MARIA, dejándose caer en un sofá.

¡Dios mio! ¡Dios mio! Mi expiacion avanza de hora en hora. ¿Qué nuevos dolores me estarán reservados? ¡Qué noche! Durante toda ella, en medio del estruendo, de la música, he oido los quejidos de mi madre, claros, distintos como si estuviese cerca de mí. ¡Madre mia!... ¡Toda la noche con la risa en los labios y la muerte en el corazon! Me habrá engañado Tomás cuando me ha dicho que está mas aliviada. Cada vez que oigo sonar la campanilla, me estremezco en pensar si vendrán á recoger la limosna... ¿Quién vendrá por ella? ¡Qué situacion!... ¡Ah! ¡por un momento de vanidad, por unos breves instantes de ambicion, cuántos años de vergüenza y de miseria! (Suena una campanilla.) ¡Ah! ¡Dónde me esconderé! ¡no puedo soportar su presencia!

ESCENA III.

DICHA, el CONDE, CLARA.

CLARA. (Deteniéndole dentro.) ¡Que no se puede pasar!

CONDE. Déjame ahora de recados y cumplimientos.

MAR. ¡El Conde!...

CONDE. ¡Maria, perdone usted si me atrevo á entrar sin su

permiso; pero estoy tan afectado... tengo tal necesidad de verla!...

MAR. ¡De verme!

CONDE. ¡Qué! ¿No sabe udted lo que ocurre?... ¿lo que se dice?...

MAR. (Sobresaltada.) ¡No!...

CONDE. (Cambiando de tono.) ¡Oh!... cuánto siento... he cometido una imprudencia en venir á alarmar á usted... Maria, dispense usted si llevado de un celo intempestivo...

MAR. Al contrario, yo agradezco en el alma ese interés, y suplico á usted que me cuente...

CONDE. Es una calumnia miserable que usted debe ignorar siempre... yo creia que habia llegado á sus oidos, y por eso venia á consolarla.

MAR. ¡Una calumnia! ¡Por Dios, Conde, dígamela usted... necesito saberla ahora mismo.

CONDE. ¡Es una cosa absurda!... yo la he desmentido cien veces, y he estado á punto de batirme con tres ó cuatro personas.

MAR. ¡Batirse! pero ¿qué es, Conde?

CONDE. Nada: figúrese usted que dicen... Vamos, es cosa de tomarlo á broma, á risa... ¡que no está usted casada con Ricardo, con su esposo!...

MAR. (Con espanto.) ¡Cómo!... ¡eso dicen!...

CONDE. ¡Já, já, já! ¿Usted se asombra en vez de reirse? Ríase usted, Maria, que el asunto no es para menos...

MAR. (Con la mayor inquietud.) ¿Y esos rumores, por dónde circulan?...

CONDE. Por el Suizo, por todas partes. Es una broma que repite todo el mundo. Esta clase de mentiras cunde mucho.

MAR. (¿Madre mia?) (Sosteniéndose apenas.)

CONDE. ¿Lo ha tomado usted en sério? ¿Es posible que una invencion tan ridícula, la afecte á usted de ese modo?

MAR. Ya vé usted, mi nombre andará rodando de boca en boca....

CONDE. Y qué le importa á usted, si nadie puede creerlo... si el rumor es tan absurdo, que añaden que quien lo ha declarado todo, es su mismo esposo.

MAR. ¡Él! Ricardo... eso es imposible... infame...

CONDE. No, es simplemente insensato. No hay nada mas fecundo que la calumnia. Para dar cierto aire de verdad, ¿qué dirá usted que cuentan? Que un militar valiente,

hermano de una señorita americana que acaba de llegar á Madrid, y con la que su esposo de usted tiene contraidos esponsales, es quien le ha arrancado esa declaracion por escrito: declaracion que anda enseñando á cuantos sostienen que está casado.

MAR. (¡Ah! ¡yo me muero! ahora comprendo su resistencia, sus causas secretas... toda la inmensidad de mi deshonra). (Apoyándose en una silla.)

CONDE. ¡Maria!..

MAR. Déjeme usted, Conde, necesito estar sola.

CONDE. ¡Pero que es eso! ¿Se pone usted mala?

MAR. Si, me siento algo indispuesta.

CONDE. ¿Péro qué significa esa turbacion? ¿Hay algo de verdad en esos rumores? Ábrame usted su corazon... no vea usted en mí mas que un amigo ciego... un esclavo... Yo daria mi vida por salvar á usted de la situacion en que se encuentra ..

MAR Calle usted, calle usted, Conde.

ESCENA IV.

DICHOS, CLARA.

CLARA. Esta carta acaban de traer con mucha urgencia.

MAR. (Tomándola.) Bien. Véte.

CLARA. ¿Se siente mal la señora? Está tan pálida...

MAR. (Haciéndola ademan de que se retire.) No, no tengo nada.

CLARA. (Yo no sé lo que hoy sucede en esta casa. ¡Todos tienen unas caras!)

MAR. (Con la carta en la mano.) ¿De quién será? ¡No me atrevo á abrirla!

CONDE. ¿Y por qué? En ella no harán mas que confirmar lo que yo acabo de decirla.

MAR. (Leyendo para sí.) Las señoras de Perez me ruegan que no asista esta noche á su casa. (¡Qué afrenta!)

CONDE. Maria, ¿necesita usted de mi persona? Todo cuanto valgo y puedo está á su disposicion... ¡Quiere usted salir de esta casa!... huir de Madrid...

MAR. Señor Conde, suplico á usted que se retire... que me deje...

CONDE. Una palabra, Maria, una sola... acepte usted mis ofrecimientos... Ójala que todos esos rumores sean ciertos.

MAR. ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

CONDE. Que hace mucho tiempo que la amo, que la idolatro, que muero de amor por usted.

MAR. (Huyendo hácia su habitacion.) ¡Este nuevo ultraje, Dios mio!

CONDE. (Pues señor, esta mujer es incomprensible. Si es cierto cuanto se dice, hipócrita aventurera, yo volveré á atravesarme es tu camino.) (Váse.)

ESCENA V.

MARIA, volviendo á la escena.

¡Ah! me faltan las fuerzas para tanto. Tambien él, tambien este hombre se atreve á poner su planta sobre mí! ¡Todos me insultan y me desprecian! Esa misma sociedad que ayer se postraba á mis pies, hoy me rechaza y me expulsa de su seno. El mismo que me me ha arrastrado por el lodo, me delata y me acusa ante ella! ¿Será verdad que Ricardo ha declarado que no soy su esposa? ¿Es imposible que se encierre tanta maldad en el corazon de un hombre? ¡Hay otra mujer con quien le unen lazos legítimos!... ¡otra que es... que puede ser su esposa!... ¡Y yo deberé humillar mi frente y sucumbir!... (Pausa.) ¡Qué camino es este del arrepentimiento donde solo encuentro desgracias y dolores!... (Transicion de cólera.) ¡Ah! ¡me siento débil para tanto!.. ¡Imposible!... Ricardo, Ricardo, has concluido tu obra, ahora comienza la mia... (Con exaltacion.) Yo necesito vengarme... devolverte una á una todas tus infamias... Si, vengarme y luchar con esa sociedad que ahora me rechaza... Ocultaré mi infamia bajo el oro y los diamantes, haré de mi hermosura un arma de muerte; apagaré en el estruendo del escándalo la voz de mi conciencia, y ya que no pueda conseguir la palma de los cielos, conquistaré las coronas de la tierra. ¡Ah! Ricardo, tú serás primera víctima...

ESCENA VI.

MARIA, RICARDO.

RIC. (Entrando muy agitado.) Maria... Maria.

MAR. (Deteniéndole con la mirada.) ¿Te atreves aun á presentarte delante de mí?

RIC. ¿Todo lo sabes? Pues bien, no me condenes sin oirme, sin conocer la causa que me trae á tu presencia.

MAR. No quiero saberla.

RIC. Maria, no perdamos el tiempo. Todo Madrid sabe que estoy arruinado y que no eres mi esposa. Al caer te he envuelto en mi caida. Es una infamia, un crímen haberte engañado, haberse adormecido en esperanza, cuando me unian con otra mujer lazos que no podian romperse; todo lo conozco, pero ahora se trata de salvarnos y vengo á proponerte un medio, el único medio que existe. Huyamos de aqui, huyamos al momento, Maria.

MAR. ¡Huir contigo! (Con sarcasmo.) ¡Huir con un hombre que me ama con delirio, con fanatismo, para quien soy la existencia entera, que no me engaña, que no tiene compromisos con otra mujer, pundonoroso, modelo de caballeros, incapaz de faltar á un juramento, dispuesto á sacrificarse á una palabra, á una mirada mia, es una dicha, una felicidad que mata que asesina...

RIC. ¡Ah! Maria, no te burles del sentimiento que me ha dado fuerzas para pasar los umbrales de esa puerta. Yo hubiera podido huir solo, dejarte abandonada, pero hasta hoy no he conocido que tu amor es el único sentimiento que se encierra en este corazon de roca.

MAR. ¿Ricardo, no ocultan tus palabras una nueva infamia?

RIC. No, Maria; si supieras la verdadera situacion en que me encuentro, comprenderias que solo tu amor me sujeta con lazos de hierro, me obliga á venir á esta casa, donde me rodean por todas partes peligros que tú ignoras.

MAR. ¿Que ye ignoro?

RIC. Si: tú no conoces el abismo que se ha abierto bajo mis pies.

MAR. ¿Ricardo, qué dices?

RIC. Han dado contra mí un auto de prision.

MAR. ¡De prision! ¡Tú en una cárcel!

RIC. De un momento á otro vendrán á prenderme.

MAR. ¿Qué has hecho, desgraciado?

RIC. Los fondos de que he dispuesto en mis jugadas pertenecen á la compañia de comercio de que soy gerente; los socios lo han descubierto y me persiguen por estafa.

MAR. ¡Qué afrenta! ¡Ah! Huye, Ricardo.

RIC. ¡Huir! Esta mañana tratando de probar fortuna, jugué y perdí todas tus alhajas. Ahora mismo vengo de pedir á un amigo una cantidad insignificante, y me la ha negado.

MAR. ¿Y no cuentas con ningun recurso?

RIC. Con ninguno. Pero no es eso lo que me apura, si tú te decidieras á seguirme, yo me abriria camino fácilmente. Cualquier ciudad del extranjero nos brindaria un asilo; allí con los recursos de mi osadia, apelaria á una de esas especulaciones atrevidas que levantan una fortuna en veinticuatro horas, y lograriamos salvarnos del naufragio que corremos. ¡Ah! Yo no me siento débil mas que para abandonarte.

MAR. Ricardo, no me hables, déjame.

RIC. ¡Dejarte! La situacion en que me encuentro ha servido para hacerme conocer el inmenso amor que has encendido en mi alma. Tú eres el aire que respiro, la luz que me alumbra... la atmósfera en que vivo. ¡Qué va á ser de mí sin tí, Maria! (Con fingida exaltacion.)

MAR. Por compasion, cállate... déjame...

RIC. ¡Dejarte yo! Me crees capaz de abandonarte en estos momentos en que tantas gentes van á caer sobre tí, para arrastrar tu nombre por el lodo y hacerte pasar todos los tormentos del infierno?... ¡Nunca, nunca!

MAR. ¿Y qué importa que huyamos del escándalo y de la murmuracion, si nos seguirán á todas partes?

RIC. La murmuracion calla siempre ante las riquezas. La sociedad transige fácilmente con una falta, que marcha en carretela y habita en un palacio. Ven, Maria, sígueme; Paris nos brinda con sus grandes esplendores y sus tenebrosas intrigas...

MAR. (Con una exaltacion parecida á la demencia.) Si, vamos donde quieras: huyamos de aqui, donde mis faltas, mi vida pasada, se levanta contra mí, acusándome continuamente.

RIC. ¡Huyamos: aqui todo es pequeño, hasta el vicio!

MAR. Anhelo ya respirar esa atmósfera de fuego en que el corazon se endurece como una roca, y la conciencia se gasta como un vestido.

RIC. ¡Ah! ¡Cuánto te amo! (Clavando una mirada en el dinero que está sobre la mesa.) ¿Maria, es tuyo este dinero?

MAR. (Mirándole con sorpresa.) No, es de los pobres.

RIC. (Haciendo ademan de tomarle.) Yo se le mandaré á la Condesa.

MAR. (Con espanto precipitándose sobre el dinero.) ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Esto es un aviso de tu divina misericordia! ¡Miserable! ¡Ahora comprendo toda tu degradacion!..

RIC. (Cogiéndola de un brazo.) ¡Maria, es mi única salvacion!..

MAR. ¡Nunca! Antes pasarás sobre mi cuerpo.

RIC. (Luchando con ella.) Yo necesito huir, y no tengo con qué...

MAR. Daré voces, llamaré gente... (Resistiéndose con frenesí.)

RIC. ¡Maria! .. ¡Maria!... ¡no me precipites!...

MAR. (Abrazándose á sus rodillas.) ¡El dinero de los pobres!

RIC. (Arrancándoselo de las manos.) Me hace falta á toda costa.

MAR. ¡Infame! ¡Has robado á los pobres!

RIC. (Deshaciéndose brutalmente.) Déjame ahora de escrúpulos.

MAR. (Arrodillándose y llorando.) ¡Mi vida antes... mi vida... Por piedad, Ricardo, por mi madre!...

RIC. (Con profundo egoismo.) Lo necesito... (Suena la campanilla.) ¡La justicia!... vienen á prenderme... (Empujándola con violencia y precipitándose hácia la puerta.) ¡Maldita seas!

MAR. (Siguiéndole fuera de sí.) ¡Ricardo!... ¡Ricardo!... (Ricardo al salir se encuentra con Andrés vertido de soldado de caballeria.)

ESCENA VII.

RICARDO, MARIA, ANDRES.

AND. Alto ahí, caballero...

MAR. ¡Andrés, hermano mio! La Providencia te envia...

RIC. (Dirigiendo á Maria una mirada terrible.) ¡Maria! mi muerte...

MAR. ¡Dios mio!... ¡Andrés!...

AND. Señora, ha perdido usted el derecho de darme el nombre de hermano...

MAR. ¡Qué vá á ser de mi!

AND. (A Ricardo.) ¿Es usted don Ricardo Ramirez?

RIC. Yo soy. ¿Qué se le ofrece á usted?

AND. Señora, necesito que nos deje usted solos.

MAR. Por piedad .. Andrés... yo soy la culpable.

AND. (Cogiéndola de una mano y llevándola á una de las habitaciones laterales.) Obedezca usted: yo se lo mando. Lo que tengo

que decir á este caballero no puede usted oirlo...

MAR. ¡Dios santo, cuándo se colmará la medida de tu cólera! (Andrés cierra la puerta de la habitacion en que ha entrado Maria y corre un pestillo exterior.)

ESCENA VIII.

RICARDO, ANDRÉS.

AND. (Cogiendo de un brazo á Ricardo, que trata de huir, y trayéndole al fondo de la escena.) ¿Adónde vá usted?

RIC. Pero ¿qué es esto? ¿Qué maneras se permite usted en esta casa?

AND. Las que merece un hombre que huye...

RIC. Acabe usted pronto; me esperan mis negocios y no puedo detenerme...

AND. Antes tiene usted que arreglar conmigo uno muy importante.

RIC. ¿Con usted?

AND. Conmigo; si, señor. ¿Conque usted es el hombre noble y rico, el ilustre caballero que no sabiendo qué hacer del tiempo que los demas empleamos en el trabajo, entretiene su ociosidad en sembrar la deshonra y la desesperacion en el seno de una familia honrada?

RIC (Sobresaltado.) ¿Pero adónde van á parar esas reflexiones? No comprendo la oportunidad de semejante lenguaje.

AND. ¿No comprende usted que sus víctimas se quejen? ¿No comprende usted que entre esas gentes, á quienes salpica de cieno por divertirse, haya quien levante la cabeza y se atreva á mirarle cara á cara? (Con mucho calor.)

RIC. Bien, convengo en todo lo que usted quiera; pero acabemos. ¿Cuál es el objeto de su visita?

AND. ¿No se lo dice á usted su conciencia?

RIC. Sepámoslo de una vez.

AND. Ahora mismo vá usted á saberlo. Ya se vé, á usted, acostumbrado á mirar la seduccion de una mujer pobre como un placer que satisface la vanidad, como una hazaña gloriosa, que se refiere luego en los postres de un banquete, en medio de los amigos, entre el choque de los vasos, al compás de los aplausos y carcajadas, le sorprende que un hombre del pueblo, que un soldado venga á preguntarle: «¿Qué ha hecho usted de la honra de

mi hermana?» (Con profunda cólera.)

RIC. (Mirando á un lado y á otro.) ¿Pero no conoce usted que pueden oirnos?

AND. Tan pública como ha sido la afrenta ha de ser el castigo. Usted se figuraba sin duda que su delito iba á quedar impune, porque, como otras veces, habia sido su víctima una mujer de humilde condicion? Pasó ya el tiempo en que era privilegio de ciertas gentes no reparar las ofensas de la honra cuando recaian en gentes pobres. La mano de estos alcanza ya al rostro del magnate que los insulta.

RIC. ¿Qué es lo que quiere usted decir? ¿Trata usted de provocar un lance?

AND. Si, señor; yo debiera matarle á usted sin defensa, aqui mismo; pero como eso seria reparar un crímen con otro, prefiero que ahora mismo me siga usted.

RIC. Pero un duelo con usted... con un soldado...

AND. ¡Con un soldado! ¡Qué le sorprende á usted! Yo soy el que me rebajo. Si el duelo es un medio al que su clase de usted acude para lavar una ofensa, ¿por qué no ha de acudir á él la mia? Salgamos. (Arrastrándole á la puerta.)

MAR. (Luchando por abrir la puerta.) ¡Andrés, Andrés!...

RIC. Tiene usted razon: en la situacion en que me encuentro ¿qué me importa un duelo con el mismo Satanás?...

AND. ¡Pronto!

RIC. Vamos por aqui. (Vánse por la puerta lateral.)

MAR. (Luchando.) ¡Por piedad... por mi madre! (Haciendo saltar el pasador de la puerta y saliendo al fondo de la escena.) ¡Ah! se han ido. (Corriendo hácia la puerta.) ¡Andrés, Ricardo! (Volviendo á entrar.) ¡Es tarde! ¡Ya han salido!... (Cayendo en el sofá.) La sangre de mi hermano vá á caer tambien sobre mí... ¡Ah, Dios mio, Dios mio, no hagas que dude de tu clemencia! (Pausa.)

ESCENA IX.

MARIA, BLAS, con un memorial en la mano, acompañado de Clara.

BLAS. (Entrando por la puerta del fondo.) ¿Conque está la señora tesorera? ¿Está usted segura de ello?

CLARA. Si, señor; ahí la tiene usted. (Yéndose.) (¡Pobre viejo! Me recuerda mi padre.)

BLAS. (Adelantándose.) ¿La señora tesorera?

MAR. (Levantándose y yendo súbitamente hácia él.) ¡Mi padre!

BLAS. (Sorprendido de encontrarse con ella.) ¡Mi hija!... Tú...

MAR. (Acercándose.) Si, padre mio.

BLAS. (Rechazándola.) No, yo vengo á buscar á la tesorera de la sociedad...

MAR. ¡Por piedad!

BLAS. ¡Yo su padre de usted!... ¡Un albañil... un mendigo... padre de una señora tan ilustre... tan noble... tan rica! Vamos, usted se equivoca.

MAR. ¡Oh! no me martirice usted de ese modo... compadézcame usted...

BLAS. ¡Compasion! Usted es quien ha de tenerla de este pobre viejo, que en los últimos años de su vida, en esos años en que no hay otra felicidad que el amor de los hijos, se vé obligado á entregar el único que tiene al rey, y á separarse de su mujer para que sea conducida al hospital!...

MAR. ¡Ah... calle usted... calle usted!... Si usted pudiera leer en el fondo de mi alma...

BLAS. Pues qué, ¿no es usted feliz, señora? En medio de este lujo, de estos muebles tan suntuosos, de esos lacayos que me impedian la entrada, ¿no se encuentra por ventura esa felicidad que se echa de menos en una casa pobre, en una vida de trabajo y honradez, y al lado de una madre que nos prodiga sus caricias y sus consuelos?...

MAR. (Arrodillándose.) ¡Perdon, padre mio! Por grande que sea mi falta, es mayor mi castigo. Yo borraré mi afrenta llorándola noche y dia; yo abandonaré esta casa, trocaré estos vestidos por los harapos de la pobreza y pediré limosna para mantener á mi madre á los mismos que me han conocido en la opulencia.

BLAS. (Conmovido.) (¡Pobre hija mia!) Si tus palabras...

MAR. Si, padre mio, son verdad...

BLAS. (Reponiéndose.) Es ya tarde... ¿Quién ha arrastrado á tu madre hasta las puertas del sepulcro? ¿Quién ha acortado su vida? ¡Jamás! Señora, yo vengo á ver á la tesorera, no á la hija extraviada; vengo á que me paguen la cantidad escrita en la márgen del memorial que usted debe tener.

MAR. (Sobresaltada.) ¡Cómo! ¿Qué dice usted?

BLAS. Que vengo á que usted me entregue ahora mismo los

doscientos reales que dice este papel.

MAR. (Angustiada.) ¡Ah, Dios mio, amparadme!...

BLAS. Pero ¿qué es eso? ¿No oye usted? Necesito mi dinero. Mi mujer vá á ser conducida al hospital.

MAR. (Con voz desfallecida.) No le tengo...

BLAS. ¿Que no le tiene usted?

MAR. Me le han robado...

BLAS. ¡Robado!... ¡El dinero de los pobres!... En esta casa, en medio de estas colgaduras, de estos espejos; aqui, en un palacio, en la casa de un rico, de un banquero, hay ladrones que roban el dinero de los pobres! ¡Ah! eso es mentira. Todo lo comprendo. ¿Pensabas arrancarme mi perdon con tus proyectos de enmienda, con tus lágrimas fingidas, y al ver que no has podido engañarme quieres privarme del socorro concedido á tu madre, á tu pobre madre, que mientras tú vives rodeada de esta opulencia espira de dolor en un jergon miserable?

MAR. (Arrastrándose hasta él y con voz ahogada por los sollozos.) ¡Padre... mio!

BLAS. ¡Hija infame! Ya no nos volveremos á ver... pero te emplazo ante la presencia de Dios. (Maria cae de bruces en el suelo.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, BLAS, TOMAS. Juana está sentada en un sillon viejo, y muy decaida.

TOM. Vamos, señor Blas, sosiéguese usted.

JUANA. Blas, no te sofoques de ese modo. Dios, que cuida hasta de los gusanos de la tierra, ¿cómo no ha de ampararnos á nosotros? Llevémoslo con paciencia, y dejemos que se cumpla su santa voluntad.

BLAS. ¡Que me sosiegue! ¡Que lo lleve con paciencia! ¡Ustedes estan locos! ¡Cómo he de conformarme con un ultraje, con una afrenta que no tiene ejemplo en el mundo! Una mujer que despues de haber abandonado la casa de sus padres, y trocado la honra de su familia por el lujo y la opulencia, recibe en depósito de las personas que no la conocen una cantidad para socorrer á su madre enferma, y me la niega á mí cuando me presento á recibirla, no es mi hija, es una hiena á quien maldigo; y si corre por ella sangre de mis venas, es un brazo podrido que necesito amputarme!

JUANA. ¡Pobre hija mia! ¡Quién sabe si será verdad que se en-

cuentra arrepentida como te dijo!

BLAS. ¡Cómo! ¿Te treves á defenderla? ¿Hasta tal punto te ciega el cariño, que no conoces que sus lágrimas fueron una estratagema para arrancarme mi perdon?

JUANA. ¡Qué quieres, es mi hija; la he llevado en mis entrañas, la he visto crecer, desarrollarse como una flor, la he dormido tantas veces en mi regazo!... ¡La palabra «madre» es la primera que ha salido de sus labios; la he enseñado á hablar, á rezar, era mi orgullo, mi alegria, mi gloria, y la amo tanto, tanto; he derramado por ella tantas lágrimas, que aunque el nombre de madre no vuelva á salir de su boca, yo la seguiré llamando toda mi vida... la hija de mi corazon!

BLAS. Eso es; y mientras tú lloras y te acabas de dolor, ella seguirá viviendo en medio del vicio y de los placeres, sin acordarse de los que la dieron el ser. ¿Qué castigo hay entonces para las hijas que abandonan á sus padres?

JUANA. ¡Ah! ¡demasiado grande! ¿Pues qué, no te estremeces en pensar que puede llegar un dia en que la pobre hija de mi vida, abandonada, sola y enferma, llame á la puerta de un hospital? ¿Quién la recibirá entonces en sus brazos? ¿Quién se sentará á su cabecera? ¿Quién la consolará en su desesperacion? (Llora.)

BLAS. (Conmovido.) ¿Y quién consuela á su madre? ¿Quién la sostiene en sus brazos? Juana, su falta no tiene disculpa, y cuanto la suceda no será sino justo castigo del cielo.

JUANA. ¡Blas, Dios perdonó á la Magdalena!

TOM. Señor Blas, yo no debo mezclarme en estas cosas; pero si una hija no encuentra indulgencia para sus faltas en un padre, ¿dónde la buscará?

BLAS. No hablemos mas de ella. ¿Dónde estará Andrés? No ha vuelto desde ayer...

TOM. Segun me ha dicho la señora Juana, no ha parecido todavia. Le habrá tocado de guardia.

BLAS. ¿Qué le habrá ocurrido? Sus palabras de ayer me traen inquieto. (Recordando) «Hace un mes cumplió usted con su deber, hoy me toca á mí cumplir con el mio.» ¿Qué habrá hecho ese muchacho? Habrá sido capaz...

JUANA. ¡Cómo! ¿Qué quieres decir?...

BLAS. Nada, no te alteres; ya vendrá, pero me extraña...

ESCENA II.

BLAS, JUANA; TOMÁS se retira; la CONDESA.

BLAS. ¡Ah! ¡La señora Condesa!...

COND. Si, yo que vengo á ver como sigue la pobre enferma.

BLAS. Tanta bondad...

COND. No es sino un deber. ¿Qué menos puedo hacer yo, á quien nada falta, que consolar á los que carecen de todo? (A Juana con cariño.) ¿Cómo está usted, Juana? ¿Se siente usted mejor?

JUANA. Señora... adelanto muy poco...

COND. Toda la mañana he estado esperando á usted.

JUANA. No he podido moverme de este sillon. Cuánto siento haberla causado esa molestia...

COND. Ya sabe usted que es mi enferma predilecta. Siempre subo esa escalera con el mayor gusto. Tengo que darla una buena noticia.

JUANA. ¿Cuál, señora?

COND. Que la sociedad progresa que es una maravilla, todos acuden á suscribirse, y se han recaudado ya grandes cantidades. Dios quiera que tenga la misma suerte en la suscricion para Andrés. Mucho me afligió el recado que me envió usted de que ya dormia en el cuartel.

JUANA. El Señor la oiga á usted, y haga que se cumplan sus santos deseos.

COND. ¿No ha venido por aqui la señora tesorera?

JUANA. ¿Quién?... la señora...

COND. Si, la tesorera de nuestra sociedad.

BLAS. (Reprimiéndose.) No, no ha venido.

COND. Pues me extraña mucho. Es una señora muy buena y muy caritativa. No pueden ustedes figurarse como se afectó cuando al entregarla el memorial le conté las desgracias que les afligen. Las lágrimas caian á torrentes de sus ojos, y se desmayó en nuestros brazos. ¡Ah! es una mujer sublime, un alma inflamada en el amor de sus semejantes, un ángel sobre la tierra. Y ha cobrado usted ya la limosna del memorial?

JUANA. (Con disgusto.) Creo que si...

BLAS. (¡Yo no miento nunca!) No, señora...

COND. ¡Pues cómo! ¿No ha ido usted por ella?

BLAS. He ido, señora...

COND. ¿Y no ha encontrado usted á la tesorera?

JUANA. Eso es, no la ha encontrado. (Procurando disculparla.)

BLAS. No, la he visto, y la he hablado.

COND. Entonces, ¿cómo es que no le ha entregado á usted la cantidad designada?

JUANA. ¡Blas, por Dios!...

BLAS. ¡La cantidad no me ha sido entregada, porque segun me dijo la tesorera... la han robado!

COND. ¡Cómo!... ¡robado!... ¿Qué dice usted?

BLAS. Lo que usted oye.

COND. ¡Eso es imposible!... ¡absurdo!... usted debió entender mal la contestacion del criado.

JUANA. Eso digo yo...

BLAS. Si fué ella misma quien me lo dijo.

COND. ¡Ella!

BLAS. Ella, no le quepa á usted duda.

COND. Pero si es una cosa inverosímil:.. Vamos, será menester que yo vaya á su casa y me entere. Si el hecho es cierto... yo la ayudaré á buscar los criminales... ¡Pobre Maria! Que disgusto habrá pasado... ¡Ah! la cosa es muy séria... será menester avisar á la justicia...

JUANA. ¡A la justicia! (Levantándose y deteniéndola.) ¡Por Dios, señora, deténgase usted!... ¡Es posible que Blas se haya equivocado!

COND. Pero Juana, lo que á usted le interesa es que se descubra la verdad cuanto antes... La tesorera, como es tan buena, será capaz de no revelar los nombres de los culpables, y es menester que hoy mismo queden en la cárcel.

JUANA. ¡En la cárcel!... Van á prenderla... (En la mayor exaltacion.) ¡Ah! ¡nunca... ella es inocente... yo se lo aseguro á usted... se lo juro!...

COND. ¿Pero de quién habla usted?

JUANA. ¡De mi Maria... de mi hija!...

COND. (Sosteniéndola.) ¡Su hija!... ¡pobre Juana... el delirio se ha apoderado de ella!...

BLAS. (Recogiéndola en sus brazos.) No es el delirio... no... ¡Esa señora tan noble, tan bondadosa, tan caritativa, cuyas virtudes causan la admiracion de todo el mundo, es nuestra hija!...

COND. ¡Maria!... ¡La tesorera!...

JUANA. ¡Usted tambien tiene hijos, señora Condesa, sálvela usted!

COND. Pero Juana, ¿por qué no me lo ha dicho usted antes? ¡Qué desgracia! ¡Qué escándalo!

ESCENA III.

DICHOS, ANDRÉS, que entra muy agitado.

JUANA. ¡Hijo mio!

BLAS. (Yendo hácia Andres.) ¡Andrés! ¡qué agitado vienes!... ¿Qué traes?... ¿Qué ocurre?

JUANA. ¿Dónde has estado desde ayer?

AND. No se alarmen ustedes. (Dirigiéndose á la Condesa.) Señora, vengo de su casa de usted.

COND. ¿De mi casa?

AND. Aqui tiene usted el dinero que depositó usted en poder de Maria... no puede ser ya tesorera de la sociedad, y se lo devuelve á usted.

COND. ¿Pero qué misterio es este? Por conducto de usted me devuelve...

AND. Si, por mi conducto.

JUANA. ¡El Señor me ha oido! ¿Y mi hija, dónde está?

BLAS. Pero explícate cómo has recibido ese dinero... Acaso engañado por ella...

AND. No, padre mio, ya lo sabrá usted á su tiempo.

BLAS. Ahora mismo necesito saberlo. Esta señora está enterada de todo: puedes hablar delante de ella.

AND. Yo solo tengo que decir que he cumplido con mi deber, que estamos vengados.

BLAS. ¡Vengados!... ¡cómo!...

AND. Habia un hombre que habia robado á una familia pobre su único patrimonio, su honra; que habia arrebatado á dos ancianos su única felicidad, su hija; y que en medio del lujo y de los placeres hacia alarde de su infamia, pues bien, ese hombre...

JUANA. ¡Hijo mio!...

BLAS. ¡Desgraciado! ¿Qué has hecho?

AND. Me he batido con él; mi sargento ha sido mi padrino.

BLAS. ¿Y le has muerto?

AND. No, apenas la sangre que corria de su cabeza empezó á satisfacer mis deseos de venganza, cuando apareció la

justicia, que venia en su persecucion: entonces él me entregó el dinero diciéndome que le habia robado, y me encomendó el amparo de mi hermana.

JUANA. (Levantándose.) ¿Y Maria, y mi hija, dónde está?

CONDE. ¡Pobre jóven! ¡Ah!... ¡yo quiero verla!...

AND. (Yendo hácia la puerta y volviendo con Maria, que entra muy cubierta con un manto y cogida de su mano.) ¡La pecadora!... la hija extraviada, libre de los lazos que la unian con el mundo, despojada de las galas que pregonaban su afrenta, purificada por el dolor, espera vuestro perdon. (Maria se arrodilla.)

JUANA. (Corriendo hácia ella.) ¡Hija de mis entrañas!

BLAS. (Deteniéndola.) Te prohibo que la abraces... ¡Pues qué, basta el dolor de un dia para lavar cuatro años enteros de escándalo y de infamia!!

JUANA. ¡Blas!

MAR. ¡Padre mio! ¡Perdon!

BLAS. Yo no te perdono... Cuando puestas en una balanza tus culpas y tu penitencia, la balanza se mantenga en fiel, entonces ven á reclamar mi perdon.

AND. ¡Padre, entre la arrepentida de hoy, y la pecadora de ayer existe ya un abismo; entre la oveja descarriada y el mundo, ha levantado la religion una barrera!

BLAS. ¡Cómo! ¿despues de haber atravesado por el mundo sembrando el dolor y el escándalo, quiere buscar ahora en la vida estéril del retiro, en la soledad de una celda, un refugio que la libre de las miradas de sus acusadores, y que sea dulce expiacion de sus faltas? ¿Vas á meterte monja?

MAR. (Abriendo el manto y apareciendo vestida de hermana de la caridad.) ¡No, hermana de la caridad! ¡Padre mio! En los hospitales curando los enfermos, en medio de las epidemias, atravesando los mares, los campos cubiertos de heridos, sufriendo el hambre y la sed, apagando los deseos con la penitencia, llevando el consuelo á la cabecera del moribundo, compartiendo con el pobre mi alimento, luchando con la muerte, consagrando mi vida entera á la gloria del Crucificado, al bien de la humanidad, es como espero encontrar la redencion de mis culpas.

JUANA. (Abrazándola.) ¡Hija mia! ¡Yo te perdono!...

BLAS. (Abrazándola tambien.) ¡Yo te bendigo!

AND. (Con profundo desconsuelo,) ¡Quién cuidará de estos pobres viejos?...

CONDE. Yo los tomo bajo mi amparo. Desde hoy pertenecen á mi familia.

BLAS. ¡Hija! ¡Te perdemos para siempre!

JUANA. Ya no te volveremos á ver.

MAR. (Recogiendo á todos en sus brazos.) Si; pero al perder á mis padres, la caridad me dá por familia la humanidad entera.

FIN DEL DRAMA.

CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 24 *de agosto de* 1859.

El Censor de Teatros interino,

ANTONIO ARNAU.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Los pobres de Madrid.
La hija del pueblo (prohibida).
El camino de presidio.
Una mujer de historia.
Por ser ella, sin ser ella.
La India.
Un sobrino (zarzuela).

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria.

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Flor marchita.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Solado
Las querellas del Rey Sabio
La oracion de la tarde.

La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
Las querellas del Rey Sabio.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv !!
¿Quién es el autor?

Rival y amigo.

Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo

Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.

Ver y no ver.
Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.
Azon Visconti.

Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.

Claverina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.

El delirio (drama lírico).
El dominó azul.
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.

Guerra á muerte.
Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.

La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.

Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:
Por conquista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.
Tres para una.

Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. cuarto segundo de la izquierda.